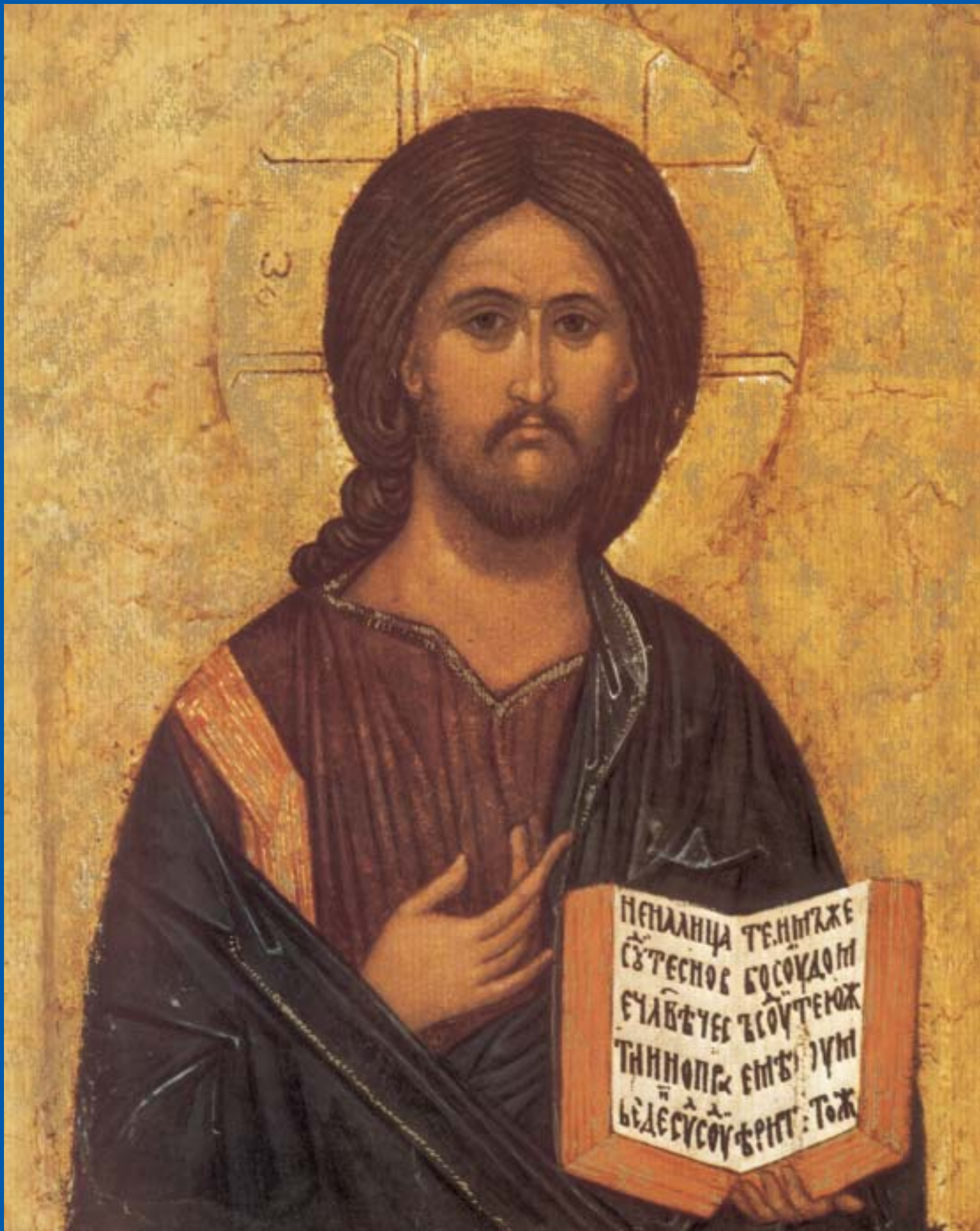


IGLESIA DE SANTIAGO *Edición especial*

PUBLICACIÓN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO, CHILE - MAYO 2006



JESUCRISTO NUESTRO ÚNICO SEÑOR Y SALVADOR

Presentación



† CRISTIÁN CONTRERAS VILLARROEL
Obispo Auxiliar de Santiago

JESUCRISTO, NUESTRO ÚNICO SEÑOR Y SALVADOR

Dice San Pedro: **"Den gloria a Cristo, el Señor, y estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo el que les pida explicaciones"** (1 Pedro 3, 15).

Nuestro Señor Jesucristo ha sido desde el principio signo de contradicción. También lo es la Iglesia, instituida y asistida por Cristo *"como comunidad de fe, esperanza y caridad, (...) comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos"* (Concilio Vaticano II, Constitución Lumen Gentium, 8).

No debemos desesperar, menos temer, que desde diversas corrientes ideológicas, culturales y expresiones "artísticas", a nivel mundial y también en nuestro país, ofendan al Señor y a la Virgen Santa y hagan caricaturas de la Iglesia y de la fe.

Hemos sido testigos, en los días previos a Semana Santa, de la presentación, con gran despliegue publicitario, de un documental sobre el hallazgo de un manuscrito sobre el llamado "Evangelio de Judas". Igualmente, por estos días, una película basada en el libro "El Código Da Vinci" busca sembrar sospechas acerca de nuestra fe. Sin duda estamos ante una industria que tiene un objetivo claro: buscar el lucro económico menoscabando y ridiculizando nuestra fe.

Con la finalidad de que nuestras comunidades eclesiales y fieles en general puedan reflexionar sobre estos temas y sobre la verdad de Jesucristo, nuestro único Señor y Salvador, la revista **"Iglesia de Santiago"** ofrece un especial a sus lectores. En éste se recogen opiniones fundamentadas sobre los temas antes mencionados: el denominado Evangelio de Judas y el Código Da Vinci. Además, ofrecemos las conferencias que dictaron Monseñor Andrés Arteaga, Obispo Auxiliar de Santiago, y el Pbro. Samuel Fernández, decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el seminario "Dios y hombre verdadero", organizado por la Universidad de Los Andes. Estas exposiciones nos ayudarán a comprender mejor la verdad de Jesucristo.

Los invito a leer en familia y en comunidad estas reflexiones. Así podremos dar razón de la esperanza que nos anima y tendremos argumentos necesarios para propagar al mundo que Jesucristo es el único Señor y Salvador. Recordemos nuevamente al Apóstol Pedro: **"Cuando les dimos a conocer la venida con poder de nuestro Señor Jesucristo, no lo hicimos inspirados por fantásticas leyendas, sino porque fuimos testigos oculares de su grandeza. El recibió, en efecto, honor y gloria de Dios Padre cuando vino sobre él aquella voz que procedía del Dios sublime: 'Este es mi Hijo amado, en quien me complazco'. Y esta es la voz, venida del cielo, que nosotros escuchamos cuando estábamos con él en la montaña santa"** (2 Pedro 1, 16-18).

Por tanto, nada de temores paralizantes. Por el contrario, basados en la fe, la razón, la experiencia milenaria de la Iglesia, el aporte de los pastores y teólogos, mantengamos viva la fe, la esperanza y la caridad.

Encomiendo los frutos de estas reflexiones y estudios a la protección maternal de la Virgen Santa. Que ella nos acompañe en este tiempo pascual en espera de la celebración de Pentecostés. Pidamos los dones de sabiduría y fortaleza para seguir anunciando a Jesucristo en su Iglesia.

CONOCER, AMAR Y MOSTRAR A JESUCRISTO*



† ANDRÉS ARTEAGA MANIEU
Obispo Auxiliar de Santiago

Introducción

El 'tiempo pascual' es un tiempo especialmente oportuno para anunciar a todos a Cristo, por el camino de Emaús (Lc 24,13-35). Está marcado por la vida nueva que Cristo ha traído al mundo, que es una luz en medio de las tinieblas (cirio pascual), es agua de vida que recuerda nuestro bautismo y efectivamente nos regala una vida nueva, definitiva y eterna. Los discípulos de Emaús descubrieron la verdadera identidad del peregrino que los acompañaba, al escuchar las Escrituras que les hacían 'arder el corazón' y en la fracción del pan, que les 'abrieron los ojos'. Pasaron del temor a la esperanza, del decaimiento al testimonio valiente. Jesús mismo les explicaba las escrituras y él mismo partía el pan. Por eso no es extraño reunirnos para hablar de Jesucristo, "el Viviente muerto, que reina Vivo", como canta la liturgia.

La 'familiaridad' con Jesucristo cuya persona es un misterio fascinante (que nos arrastra libremente al seguimiento total y a la entrega de la vida), nos impulsa a hablar bien, con belleza y verdad sobre Jesucristo. Debería ser lo que con mayor facilidad hacemos y estamos acostumbrados, como lo hicieron los Santos Apóstoles y lo narra el libro de Hechos de manera admirable y efectiva.

El secreto de María, y el ejemplo de Juan Pablo II en el alba del III milenio. Especialmente en su carta sobre el Santo Rosario se nos entrega una importante pista¹. Se dice que el Obispo debe ser 'experto' en ella. Contemplar a Cristo en la escuela de María, para seguir el testamento de Jesús a los pies de la cruz (Jn 19,25-27). Es un antídoto contra la ideologización de Jesús.

La pedagogía de las imágenes, nos recuerda también la necesidad de contemplar y no sólo pensar. Como lo recomienda el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, pues la imagen es también 'predicación evangélica' en el esplendor del color y la perfección de la belleza y su dinamismo comunicacional, [cf. *Icono de Cristo*, de Teófanos de Creta (1546)].

El 'compromiso' de conocer y amar a Jesucristo por el Evangelio en y con la Iglesia. Hacia allá se orienta al menos mi exposición, en esta parte.

La hora de América Latina exige centrarnos en Jesucristo. Ese es el tema, el objetivo, el lema y la oración de la próxima Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida en mayo de 2007, estamos en camino de preparación y de participación. *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. La oración comienza: "Señor Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, enciende en nuestros corazones el amor al Padre que está en el cielo y la alegría de ser cristianos".

Las amenazas evidentes que intentan desviar la atención en nuestros días al verdadero conocimiento y respeto del Señor Jesús, con una orquestada campaña publicitaria con mequinos y oscuros intereses económicos y contra-culturales, son también una oportunidad. Porque la mejor manera de enfrentarla es hablando bien y con belleza de Jesucristo y de la Iglesia.

* Conferencia en la Universidad de Los Andes, 3 de mayo de 2006



Simone Martini, Virgen y Niño.



Giotto, La entrada en Jerusalén.

1. La credibilidad de la revelación cristiana²

Enseñando por varios años teología fundamental, aparecía siempre como un capítulo cada vez más central y complejo el de la 'credibilidad'³. El estudio de la fe y la revelación llevan inexorablemente a plantearse las interrogantes sobre las posibilidades que tiene el hombre para creer, para aceptar la revelación como divina⁴. Es tal vez el tema detrás de muchos temas que los cristianos y la cultura actual plantean a la fe cristiana. Hoy se habla en la opinión pública del auge y caída de la credibilidad de las instituciones, de la credibilidad de la Iglesia, incluso de la credibilidad de los Evangelios o de la persona de Jesús. Por otra parte, decir 'yo creo', puede significar para un gran número de personas un modo transitorio o deficiente de conocimiento, un grado mínimo de fiabilidad y seguridad, como un 'no saber'⁵. Hay mucho que aclarar en este sentido a nuestros contemporáneos.

No solamente interesa *qué creemos*, el contenido, sino *por qué creemos*, el motivo. De alguna manera todo creyente está obligado a hacer una 'teología fundamental', un cierto examen de la credibilidad de la revelación y de la racionalidad de su acto de fe. No es una cuestión puramente 'teológica' sino también 'pastoral', pues se trata de una experiencia de toda la comunidad eclesial por descubrir el sentido y la significación de la fe para el hombre de hoy⁶.

Podemos afirmar que "creíble es aquello de lo que no puede prescindir si desea realizar una vida humana"⁷. Allí hay una pista, el dar sentido y significado a la vida humana es lo que hace creíble a la revelación cristiana y al proyecto cristiano de vida humana. ¿Cómo entender entonces, de manera actual y renovada, la credibilidad?⁸ Se pueden formular dos "principios capaces de orientarnos hacia una comprensión teológica renovada del tema de la credibilidad"⁹. Ellos son la 'concentración cristológica' y la 'referencia soteriológica'. Nos explicamos: Jesucristo es el centro de la fe cristiana, hay un cristocentrismo de la fe. Si creemos es para alcanzar salvación, el horizonte soteriológico es un elemento constitutivo, pues finaliza el acto de creer. Estas claves de la concentración cristológica y referencia soteriológica se aglutinan en la categoría Reino de Dios, que adviene en Jesús y hace presente la realidad de la salvación. Realidad que curiosamente no aparece en el primer lugar de la actual reflexión teológica. Allí está el fundamento último del contenido de la revelación, motivo fundamental de credibilidad¹⁰.

Es ya un lugar común afirmar que se ha producido un vuelco inmenso en la forma de abordar la cuestión de la credibilidad, desde una perspectiva más abstracta, ahistórica y racional, a una más histórica, personal, centrada en Cristo y en la persona humana. Se ha pasado de los signos externos a los internos, de los signos al Signo: ¡Cristo en la Iglesia! Muchos han colaborado en este cambio de perspectiva, pero un hito de cristalización ha sido el Concilio Vaticano II¹¹. El Concilio no es un mero texto eclesiológico o una estrategia eclesiocéntrica de acción pastoral. Es un acontecimiento centrado 'en Cristo'.

2. El Concilio Vaticano II y la credibilidad cristiana

a) ¿El Concilio nos ha hablado de Cristo?

"Es cierto que el Vaticano II fue el Concilio de la 'Iglesia', del 'hombre', de la 'liturgia', de la 'revelación', del 'ecumenismo'... Pero no es menos cierto que el Vaticano II fue el Concilio de Dios-Trinidad. Y precisamente porque el Concilio abordó con profundidad los misterios fundamentales de nuestra fe cristiana, trató de anclarlos en el Misterio adorable de la Santísima

1 Cf. Andrés Arteaga, *¿Cómo apreciar la hondura, belleza y eficacia del misterio de Cristo? La carta apostólica Rosarium Virginis Mariae*, La Revista Católica 103 (2003), 272-280.

2 Utilizo el trabajo *La increíble actualidad del misterio de Cristo. Intento de aproximación a los desafíos a la credibilidad de la revelación enfrentados en el Concilio Vaticano II*, Teología y Vida 45 (2004), 196-209.

3 Prefiero acercarme a lo que está a la base de la credibilidad del cristianismo o de la credibilidad de la Iglesia, la credibilidad de la 'revelación cristiana'. Esa es también la opción de Rino Fisichella en *La revelación: Evento y Credibilidad. Ensayo de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1989, 178: "Hablamos de la credibilidad de la revelación y no de la credibilidad del cristianismo, ni tampoco en primer lugar de la credibilidad de los signos de la revelación. Esto supone una opción por nuestra parte, que destaca la credibilidad básica del acontecimiento global de la revelación respecto a los signos históricos que la confirman y acreditan como tal. Además, de esta manera se intenta dirigir el discurso hacia el tema de la centralidad de la persona de Cristo, que constituye la revelación y forma su clave de interpretación. Hablar de la credibilidad de la revelación equivale a proponer de nuevo la prioridad de aquél que se revela y al que se debe la obediencia de la fe, ya que él es en sí creíble, más aún que los diversos datos expresados y codificados en el curso de la historia".

4 Lo propio de la teología fundamental, no abordado por la sistemática, es la credibilidad de la revelación de Dios en Jesucristo, como lo ha recordado Rene Latourelle en *Nueva imagen de la fundamental*, en Rene Latourelle -Gerald

O'Collins, *Problemas y perspectivas de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1982, 88-91. "La revelación cristiana es creíble, la fe es razonable, y la Teología fundamental tiene como misión mostrar, a creyentes y no creyentes, la credibilidad de la Revelación y la razonabilidad de la fe" (Luis Lago Alba, *La credibilidad de la revelación*, en la obra dirigida por César Izquierdo, *Teología Fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio*, Desclee, Bilbao 1999, 407). El autor define la credibilidad como la "propiedad de la revelación cristiana por la que, a través de signos ciertos, aparece acreditada como realidad adecuada al conocer humano, y por lo tanto digna de ser creída". No hay noción teológica más interesante, y compleja, es llamada *crux theologorum*. Y es una cuestión moderna, pues se plantea como respuesta a la crítica radical que es objeto la tradición cristiana. Según el autor, lo propio del Vaticano II es abordar la credibilidad desde una perspectiva 'personalista', desde la historia, la centralidad de Cristo, desde la soteriología y la antropología.

5 Cf. Heinrich Fries, *Teología Fundamental*, Herder, Barcelona 1987, 25-28.

6 Cf. Octavio Ruiz Arenas, *Jesús Epifanía del amor del Padre. Teología de la Revelación*, Celam, Bogotá 1994, 352, nota 642. Rino Fisichella señala que "la teología fundamental, al presentar la reflexión sobre la credibilidad de la revelación, supondrá igualmente este triple momento, que corresponderá: primeramente, al intento de hacer comprender al contemporáneo el contenido inmutable del mensaje salvífico traído por Jesús; después al esfuerzo por acreditar este mensaje como procedente de Dios que se ha hecho hombre en Cristo para tratar con los hombres; finalmente, a la

provocación y a la exigencia de la respuesta de fe, que consiste en la aceptación global de Jesús de Nazaret, reconocido como el Hijo de Dios, y en la opción fundamental de dirigir la vida en su seguimiento" (Rino Fisichella en *La revelación: Evento y Credibilidad. Ensayo de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1989, 177).

7 *Ibidem*, 178.

8 Cf. "Credibilidad" de Rino Fisichella, en *Diccionario de Teología Fundamental*, René LATOURELLE, Rino Fisichella y Salvador Pie-Ninot (dirs.), Paulinas, Madrid 1992, 205-225.

9 *Ibidem*, 206.

10 Cf. Hermann Josef Pottmeyer, el acápite acerca del reino como motivo de credibilidad en *Segni e criteri della credibilità del cristianesimo*, en *Corso di Teologia Fondamentale*, vol. 4 del *Trattato di Gnoseologia Teologica*, Walter Kern-Hermann J. Pottmeyer-Max Seckler, Queriniana, Brescia 1990, 485-492. "Il fatto di tematizzare sotto il profilo contenutistico la rivelazione come *regno di Dio* non ha solo il vantaggio di referirsi alla predicazione de Gesù e del Nuovo Testamento, ma permette anche di cogliere tutta la ricchezza del contenuto di tale rivelazione" (*ibidem*, 485).

11 Cf. Luis Lago Alba, *La credibilidad de la revelación*, en la obra dirigida por César Izquierdo, *Teología Fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio*, Desclee, Bilbao 1999, 421. El autor caracteriza la perspectiva del Vaticano II de abordar la credibilidad como 'modelo personalista'. "Los temas del Vaticano II parecen, en principio, muy lejanos a nuestro problema de la credibilidad, pero puede decirse que la gran preocupación de este concilio pastoral fue el de presentar al mensaje evangélico de forma creíble al mundo de hoy".

Trinidad¹². Se puede hablar de una 'cristología trinitaria'. Hay textos que explícitamente hablan de Cristo. Pero hay algo más, Cristo está en el trasfondo de todo el acontecimiento conciliar, como lo ha notado permanentemente Juan Pablo II, ya desde su primera encíclica (también en su momento lo resaltaron Juan XXIII y Pablo VI): "Con la apertura realizada por el Concilio Vaticano II, la Iglesia y todos los cristianos han podido alcanzar una conciencia más completa del misterio de Cristo"¹³. El Santo Padre está completamente convencido que las vías por las que el Concilio ha encaminado en el siglo XX a la Iglesia conducen hacia Cristo, el Redentor del hombre¹⁴. Jesucristo es el camino principal de la Iglesia¹⁵.

b) *¿El Concilio nos ha referido a la salvación que Cristo trae al mundo de hoy?*

El Concilio no habla de manera abstracta sobre Cristo sino en cuanto luz de los pueblos y sentido de la persona, de la comunidad y de la actividad humana. Un texto paradigmático es el de *Gaudium et Spes* en el número 45, *Cristo Alfa y Omega*, al final de la primera parte de la Constitución Pastoral. Y si se ha centrado en la Iglesia es para hablar de ella como sacramento 'de salvación' del hombre, en la complejidad de sus circunstancias. El tema de la salvación se ha abordado desde la unidad del proyecto de Dios¹⁶. A eso se le puede llamar la 'pastoralidad' del Concilio¹⁷, que ha permitido dialogar a la Iglesia con el mundo e intentar discernir los signos de los tiempos.

Hoy más que nunca la credibilidad de la revelación se juega en la posibilidad de presentar a Jesucristo como salvador del hombre. Y la pregunta sobre la salvación hoy se plantea de una manera muy especial, nueva, dramática. Los autores hablan de un aporte del Concilio a la personalización, historización y finalización de los signos de credibilidad, que han permitido ubicar a la credibilidad en el contexto de las investigaciones teológicas actuales y en mayor conformidad con las esperanzas del hombre contemporáneo¹⁸. Ya no se aborda el tema desde una perspectiva apologética sino de una manera nueva, se ha cambiado el 'paradigma', sobre todo a partir de una nueva concepción de la revelación y de la Iglesia¹⁹.

3. Las tareas pendientes

Creo que la Carta Apostólica de Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte* después del Gran Jubileo del 2000, nos ayuda a dar pasos futuros en el tema de la credibilidad. La revelación cristiana será más creíble y significativa en nuestro tiempo en la medida en que seamos capaces de contemplar el rostro de Cristo, vivir en esta Iglesia concreta como casa y escuela de la comunión, y dar testimonio de la caridad. Porque, en definitiva, como decía Hans Urs von Balthasar, 'sólo el amor es digno de fe'. El testimonio de los creyentes de nuestro tiempo es reflejar el 'rostro de Cristo' para las generaciones del nuevo milenio. "Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*"²⁰ —afirma el Pontífice—. Mucho será necesario para el camino histórico de la Iglesia en este nuevo milenio, pero si faltara la caridad, todo 'sería inútil'²¹. La caridad es un "ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres"²². Se trata —afirma Juan Pablo II— no solo de una invitación a la práctica de la caridad sino una página de cristología. "Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia"²³. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras y es fundamento de credibilidad de la revelación cristiana. Y hay que caminar más rápido, de manera más generosa y eficazmente en nuestro tiempo. Y la primera carta de Su Santidad Benedicto XVI, *Deus caritas est*, se refiere más precisamente con claridad y hondura a esta tarea de la Iglesia y de los cristianos en el mundo.

El misterio de Cristo, que trae la salvación del Reino, sigue iluminando hoy y tiene una 'increíble actualidad' para las circunstancias concretas de la humanidad. Espera ser anunciado y testimoniado por los creyentes que han acogido la revelación de Dios en Jesucristo. Como se afirma en el Concilio, la suerte del futuro de la humanidad está en las manos de aquellos que sean capaces de entregar a las nuevas generaciones razones para vivir y esperar²⁴. Y eso se recibe como regalo quien comprende su existencia como 'vocación' y 'misterio' de encuentro con Jesucristo vivo.

4. El camino del conocimiento de Jesucristo. Pistas de un itinerario

a) Por los *Evangelios* que la Iglesia ha transmitido por generaciones y reconocido auténticamente por el sentido de la fe del pueblo creyente y el magisterio, es el camino más seguro y fecundo. Es el caso del exégeta protestante Joaquín Jeremías y las *Palabras desconocidas de Jesús*, que termina con la sorprendente afirmación después de un serio estudio: "La importancia de la tradición extraevangélica consiste esencialmente en destacar el



Misal de Zweder Van Culemborch, Crucifixión.

valor único de nuestros evangelios. Quien quiera conocer la vida y el mensaje de Jesús, los encontrará solamente en los cuatro evangelios canónicos. *Las palabras dispersas del Señor pueden ofrecernos complementos: importantes y valiosos complementos, pero nada más*²⁵.

b) En la *Iglesia*, con la compañía de la comunidad de creyentes, en la fe y la tradición eclesial transmitida de generación en generación. Las ideologías no tienen madre.

c) Una figura *completa e integral* del misterio del Señor partiendo de su aspecto externo (su modo de vestirse, señorío y autoridad, sus relaciones sociales, su salud, belleza y mirada). Para seguir por su psicología (claridad de ideas, atención a la realidad humana concreta, voluntad fuerte, libertad frente a amigos y adversarios, sensibilidad y compasión, amistad y trato con mujeres y niños, sus llantos y alegrías, su forma de ser judío, su 'corazón', su uso de las cosas). Para llegar a la originalidad de su mensaje y vida (su primado de la interioridad, su relación con el Padre, su oración) que nos lo devela como Hijo de Dios Vivo, Salvador y Cabeza del cosmos, de la historia y de la Iglesia. Como es el caso del texto del Cardenal Giacomo Biffi²⁶. Se trata de Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

d) Nuestra tarea es la de *conocer, amar y dar a conocer* a Jesucristo. Nuestro mejor aporte a la Iglesia y al mundo, que puede ser la fuente de muchas iniciativas apostólicas de transformación de la Iglesia y del mundo.

Termino con lo que afirma el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* sobre Jesucristo y su 'encarnación': "La Iglesia llama 'Encarnación' al misterio de la unión admirable de la naturaleza divina y la naturaleza humana de Jesús en la única Persona divina del Verbo. Para llevar a cabo nuestra salvación, el Hijo de Dios se ha hecho 'carne' (Jn 1,14), haciéndose verdaderamente hombre. La fe en la Encarnación es signo distintivo de la fe cristiana". "La Iglesia expresa el misterio de la Encarnación afirmando que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre; con dos naturalezas, la divina y la humana, no confundidas, sino unidas a la Persona del Verbo. Por tanto, todo en la humanidad de Jesús —milagros, sufrimientos y la misma muerte— debe ser atribuido a su Persona divina, que obra a través de la naturaleza humana que ha asumido"²⁷.

Por eso que las palabras más densas y verdaderas que se han escrito en la historia del mundo, están en el prólogo de San Juan: "y el Verbo se hizo carne". Probablemente las aprendió el discípulo amado apoyando su cabeza en el corazón del Señor y de la misma Santísima Virgen María que le fue entregada por Madre en la cruz, pues en ella el Verbo hizo su morada y habitó entre nosotros. ■

Quien quiera conocer la vida y el mensaje de Jesús, los encontrará solamente en los cuatro evangelios canónicos.

- 12 N. Silanes, *Vaticano II*, en *El Dios Cristiano. Diccionario Teológico*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1992, 1425. El autor se expresa en el 'teocentrismo trinitario' y la teología trinitaria del Vaticano II. Acerca del Hijo cf. 1429-1430.
- 13 *Redemptor Hominis*, 11.
- 14 *Redemptor Hominis*, 7.
- 15 Cf. Karol Wojtyła, *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1982, 53-88, que aborda el tema *Jesucristo y la conciencia de la redención*.
- 16 A. Arteaga, "Creatio ex Amore". *Hacia una consideración teológica del misterio de la creación en el Concilio Vaticano II*, en *Anales de la Facultad de Teología* 46(1995), especialmente 94-100 sobre la dimensión u horizonte soteriológico de abordar el tema de la creación en el Concilio.
- 17 Cf. Angelo Scola, *Gaudium et Spes: dialogo e discernimento nella testimonianza della verità*, en Rino Fisichella, *Il Concilio Vaticano II. Recezione e attualità alla luce del Giubileo*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsano 2000, 103-113.
- 18 Cf. Rino Fisichella, *La revelación: Evento y Credibilidad. Ensayo de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1989, 183-189.
- 19 Cf. Hermann Josef Pottmeyer, *Corso di Teologia Fondamentale*, vol. 4 del *Trattato di Gnoseologia Teologica*, Walter Kern-Hermann J. Pottmeyer-Max Seckler, Queriniiana, Brescia 1990, 463-464. "La credibilità del cristianesimo non è tematizzata dal Vaticano II, a differenza del Vaticano I, como il risultato di un confronto argomentativo, bensì come compito della Chiesa e dei suoi membri, che devono rendersi attivamente credibili come testimoni del regno di Dio. Mentre la Chiesa e i suoi membri sono sottoposti alla norma critica e esigente del messaggio del regno di Dio, tale messaggio e i suoi contenuti vengono presentati como il motivo autentico e oggettivo della credibilità del cristianesimo" (ibidem, 463).
- 20 *Novo Millennio Ineunte* 16.
- 21 *Novo Millennio Ineunte* 42.
- 22 *Novo Millennio Ineunte* 49..
- 23 Ibidem.
- 24 Cf. *Gaudium et Spes*, 31.
- 25 Joaquín Jeremías, *Palabras desconocidas de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1990, 122s; cf. Hans-Joseph Klauck, *Los Evangelios Apócrifos. Una introducción*, Sal Terrae, Santander 2006.
- 26 Cf. Giacomo Biffi, *Jesús de Nazaret. Centro del cosmos y de la historia*, San Pablo, Madrid 2001.
- 27 CCEC 86; 89

ACCESO HISTÓRICO A JESÚS*

PBRO. SAMUEL FERNÁNDEZ
Decano de la Facultad de Teología
Universidad Católica

Las últimas polémicas en torno a Jesús han puesto en evidencia una verdad central del cristianismo: nuestra fe hunde sus raíces en la historia. El carácter histórico de la revelación, reafirmado por la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, exige una mayor atención, por parte de nosotros los cristianos, a la figura histórica de Jesús y al nacimiento del cristianismo.

El cristianismo no es una filosofía ni una especulación que nazca de las exigencias del corazón humano; no es la proyección de las esperanzas de Israel, ni de los ideales más altos del hombre; tampoco es una leyenda que otorga sentido a nuestra existencia. No, el cristianismo es un acontecimiento que tiene su fundamento en la revelación histórica de Dios en Jesús de Nazaret, aquel concreto Hijo de María, que, según la expresión de San Juan, 'contemplaron nuestros ojos y tocaron nuestras manos' (1 Jn 1,1). Por lo tanto, lo que sucedió o no en la vida de Jesús y en los primeros pasos de la comunidad de sus seguidores tiene una relevancia vital para los cristianos. La legitimidad del cristianismo actual se sustenta en su continuidad con la realidad histórica de Jesús. La sola fidelidad a una relación individual e interior con Jesús no es suficiente, si ella no está enraizada en el hecho fundacional de cristianismo, la revelación histórica, que nos es accesible por la mediación de la comunidad visible de la Iglesia. Por eso es tan importante insistir en este carácter histórico del cristianismo.

El subjetivismo moderno gira en torno al carácter significativo de Jesús, adaptando a veces su figura de acuerdo a la sensibilidad de turno. Tal como advirtió Albert Schweitzer, hace ya tantos años, existe la tendencia de proyectar en Jesús los ideales humanos del momento. Entonces, por obvio que parezca, la pregunta central, no es cómo *debería haber sido* Jesús, sino como *fue* Jesús. La concepción virginal, su actitud frente a la ley, su relación con los pecadores, con los fariseos, con los poderosos, con los romanos, su vida célibe, su relación con la riqueza, el carácter sacrificial de su muerte y su resurrección, no son elementos que podamos hoy modificar de acuerdo a si son cómodos o incómodos, atractivos o antipáticos, aceptables o inaceptables para la sensibilidad del espíritu contemporáneo. El cristianismo actual depende de Jesús de Nazaret, y no al revés. Parafraseando la exhortación de san Pablo no debemos acomodar a Jesús al mundo presente, sino que nosotros debemos transformarnos de acuerdo a Jesús.

¿Cómo podemos acceder a la verdad histórica de Jesús?

Las dificultades del acceso histórico a Jesús son, en parte, las mismas que tenemos para estudiar a cualquier personaje de la antigüedad. No poseemos 'la máquina del tiempo' y, por lo tanto, es absurdo pretender confiar sólo en aquello que podemos comprobar de primera mano. El slogan 'yo confío sólo en lo que puedo verificar personalmente', no resiste ni el menor análisis crítico, pues no sólo nos impide conocer la historia antigua, sino también la contemporánea; y no sólo nos impide conocer la historia sino que nos impide vivir. En definitiva, *no se puede vivir sin confiar*. Ciertamente que no se trata de una confianza ingenua. Se trata, más bien, de una confianza crítica, tal como hoy en día, en los tribunales de justicia, se absuelve o se condena a una persona no en base al uso de 'la máquina del tiempo', que permitiría verificar si tal sospechoso participó o no en el delito, sino en base a documentos y testimonios críticamente confrontados y analizados. El historiador compara y analiza críticamente los documentos y los testimonios, y luego, por medio de un método científico, evalúa la confiabilidad de los documentos y reconstruye la historia. Es lo que hace también el historiador del cristianismo.

Volviendo a nuestro tema, mucho se podría decir acerca de la confiabilidad de las fuentes evangélicas, de la seguridad de su transmisión textual, de las alusiones a Jesús que encontramos fuera del Nuevo Testamento, de los criterios históricos para juzgar las fuentes, etc., pero el tiempo no lo permite. Es preferible partir de una pregunta fundamental, que todo historiador de la antigüedad, creyente o no creyente, debe inevitablemente intentar responder: ¿Por qué nació el cristianismo? Sin una respuesta a esta interrogante, en el centro de la historia del siglo primero queda un gran agujero.

Nadie duda de la existencia de la Iglesia. La historia de Occidente no se comprende sin ella y sus huellas históricas son evidentes: Catacumbas, inscripciones, sepulcros, pinturas, referencias de autores contemporáneos,



Jean Malouel, Gran Piedad

paganos y cristianos, edificios de culto, etc., son algunos testimonios que nos permiten conocer parcialmente cómo era la comunidad primitiva y cuáles eran sus convicciones. De todo ello nos informan los escritos del Nuevo Testamento, en especial los Hechos de los Apóstoles, que el historiador puede y debe analizar críticamente como documento histórico.

El análisis crítico de estas fuentes históricas nos permite acceder a algunos elementos distintivos de la primerísima comunidad cristiana. Estos documentos nos informan que casi inmediatamente después de la muerte de Jesús, sus discípulos comenzaron a rendirle culto (los confiesan *Kyrios* y le rezan), a proclamar que la salvación tenía su fuente en Él y no en la observancia de la Ley o los sacrificios del Templo (cf. el polémico discurso de Esteban), y a realizar una misión que no se detenía en los límites del pueblo de Israel sino que se extendía a toda la humanidad (cf. Hech 8). Y estas convicciones eran afirmadas hasta el martirio (cf. Esteban).

Ahora, si aceptamos, como todos los historiadores, que Jesús fue ejecutado y murió violenta y vergonzosamente, nos debemos preguntar ¿cómo se explica el surgimiento de una comunidad de tanto empuje, vitalidad y entusiasmo en circunstancias tan adversas?, ¿no es más bien la dispersión de los seguidores y la disolución de la comunidad la consecuencia esperable de un hecho tan dramático como la crucifixión de Jesús? Entre la muerte de Jesús y el casi inmediato florecimiento de la Iglesia aparentemente no hay continuidad: algo debió pasar después de la crucifixión que explique la gran transformación religiosa que da origen a la Iglesia.

El nacimiento de la Iglesia supone una gran transformación religiosa difícil de explicar. ¿Cómo comprender que un grupo de judíos piadosos, educados en el monoteísmo estricto, en la observancia de la Ley, y en el particularismo israelita, poco tiempo después de la crucifixión hayan rendido culto a Jesús, hayan afirmado que la salvación viene por Jesús y no por el Templo o la Ley, hayan iniciado una misión abierta a los paganos y hayan estado dispuestos a perder la vida por esta causa? Esta transformación es sumamente radical, y remueve las convicciones y prácticas centrales de la vida religiosa de aquellos judíos que fueron los primeros cristianos.

¿Cómo se explica esta transformación? Algo muy grande debió suceder como para fundamentar este gran cambio que sostiene las convicciones de la primera Iglesia. De acuerdo al testimonio de los primeros cristianos, aquello que sucedió fue, naturalmente, la resurrección. Y la resurrección debió ser un acontecimiento de tal magnitud como para sostener la transformación religiosa radical que implica el culto a Jesús, la misión universal, y el martirio. Tal como indica con agudeza un historiador no-cristiano, quienes no admiten el milagro de la resurrección, deben recurrir al milagro de la transformación de los discípulos (G. Vermes, *Jesús el judío*, p. 45).

No es correcto pretender una fe en la resurrección anterior a estos encuentros con el resucitado y en cierto sentido 'creadora' de esta experiencia y de los relatos. Todo lo contrario, después de la crucifixión sólo era razonable el fracaso, no había expectativas de triunfo, y, por tanto, la fe en la resurrección sólo se comprende como 'fruto' del encuentro con Jesús resucitado. No son las convicciones cristológicas de los discípulos las que 'crean' las apariciones; al contrario, la experiencia descrita por las apariciones es el fundamento las convicciones cristológicas. Es la experiencia religiosa la que es verdaderamente creativa, en el sentido que provoca algo nuevo, no esperado y sin precedentes. En breve: la visión del Resucitado no es fruto de la cristología, sino que la cristología es fruto de la visión del Resucitado. Sin esta inesperada experiencia, la comunidad cristiana sería 'un efecto sin una causa', como un gran árbol con grandes ramas que se extienden para dar sombra pero que careciera de tronco; uno se preguntaría ¿cómo se sostienen esas ramas?

* Conferencia en la Universidad de Los Andes, 3 de marzo de 2006

Giovanni de Rimini, Escenas de la Vida de Cristo (detalle) Piedad.



Ahora, ¿qué tipo de encuentro con el Resucitado tuvieron los discípulos? Ciertamente no podemos definirlo, y no hay categorías para expresarlo, puesto que la resurrección casi carece de analogías. Lo que sí podemos afirmar es que estas experiencias fueron tales que cambiaron radicalmente las convicciones vitales y religiosas de este primer grupo cristiano, al punto de comenzar a rendir culto a Jesús, de afirmar que la salvación viene por Jesús y no por la Ley, de extender el anuncio de la salvación más allá de los límites de Israel y de comprometer sus vidas incluso hasta el martirio. La experiencia del encuentro con Jesús resucitado, que no podemos observar directamente, debió ser tan fuerte, evidente y persistente como para fundamentar los efectos que sí podemos observar históricamente. Ni una alucinación, ni una autosugestión, ni la asociación con un héroe greco-romano, es capaz de sustentar un cambio tan radical como el que se observa en la primera comunidad.

Que los discípulos llegaron a creer en la resurrección de Jesús algunos días después de la crucifixión constituye un hecho indiscutible de la historia, que debe ser aceptado por creyentes y no creyentes. Los datos históricos permiten afirmar que un grupo de seguidores de Jesús, pocos días después de la crucifixión, estaban convencidos que Jesús había sido resucitado por Dios, y estaban convencidos con tanta certeza como para transformar todo su sistema religioso, su fe y sus prácticas, e incluso poner en riesgo su propia vida. La ciencia histórica no puede demostrar la resurrección, pero sí puede afirmar que los discípulos creyeron en la resurrección. Pero, ¿por qué creyeron en la resurrección?, ¿porque Jesús resucitado se les apareció 'dando muestras que estaba vivo', o porque tuvieron alucinaciones y se engañaron? El historiador debe interpretar los datos disponibles, y debe optar entre «creer» que Jesús resucitó o «creer» que los apóstoles se engañaron. Ninguna de las opciones es 'neutra' y ambas, en diverso sentido, son opciones de fe.

Pero la resurrección por sí sola no basta si ésta no está apoyada por el recuerdo de una existencia terrena de Jesús que sea congruente con las convicciones que alcanzó la comunidad cristiana con la experiencia de la resurrección. De este modo, los factores que explican el nacimiento de la Iglesia son la vida terrena de Jesús y la experiencia de la resurrección.

Cada una de las afirmaciones de la primerísima predicación eclesial encuentra su fundamento en la vida terrena de Jesús y recibe su confirmación en la resurrección:

Los primeros cristianos a partir de la resurrección proclamaron a Jesús de Nazaret como Hijo de Dios, esta afirmación se basa en el modo singularísimo como Jesús durante su vida terrena se relacionó con Dios, su Padre, llamándolo *Abba*; la predicación eclesial que afirma que '*Cristo murió por nuestros pecados*' se fundamenta en el carácter salvífico que Jesús mismo otorgó a su propia vida y a su muerte; la convicción eclesial de que Jesús es superior a la Ley y al Templo se fundamenta en la superioridad que Jesús mismo manifestó respecto al Templo y a la Ley, al corregirla (*se os ha dicho... pero yo os digo*, Mt 5); el carácter universal y definitivo de la salvación ofrecida en Cristo, que impulsa la misión universal y la convicción de que la salvación se juega ante Jesús, y no ante la Ley o el Templo, se basa en el modo como Jesús se relacionó con los no judíos y en el modo absoluto como llamó a sus discípulos. Así, los elementos centrales de la predicación de la primera comunidad cristiana se apoyan en la vida terrena de Jesús, y han sido confirmados y, por así decir, llevados al plano absoluto por la resurrección.

Estas convicciones, antes de ser puestas por escrito, fueron custodiadas como un tesoro por una comunidad viva que las repetía, las cantaba, las memorizaba y las comentaba, de tal modo que ningún supuesto poder eclesiástico central habría podido cambiar. Un texto muy hermoso nos muestra la solidez de la tradición oral. Se trata de un párrafo de una carta de San Ireneo, obispo de Lyon, escrita al final del siglo II:

«Yo me acuerdo tanto —afirma Ireneo— que puedo incluso decir el lugar donde Policarpo se sentaba a conversar, así como su modo de vivir y su aspecto corporal, los discursos que hacía al pueblo, cómo describía sus relaciones con Juan y con los demás que habían visto al Señor y cómo recordaba sus palabras, y qué era lo que había escuchado de ellos acerca del Señor, de sus milagros y sus enseñanzas; y cómo Policarpo, después de haberlo recibido de estos testigos oculares de la vida del Verbo, todo lo relataba en consonancia con la Escritura» (HE V,20).

La continuidad entre Jesús y la predicación de la Iglesia está garantizada por la tradición viva. En torno al año 200, cuando ya están puestas las bases de la teología cristiana, Ireneo puede asegurar que lo que él cree acerca de Jesús está en continuidad con la enseñanza de los que vivieron con Jesús: Ireneo fue discípulo de Policarpo, Policarpo fue discípulo de Juan, y Juan fue discípulo de Jesús. Ireneo recuerda cuando Policarpo relataba sus conversaciones con el apóstol Juan que a su vez recordaba las obras y palabras de Jesús. Ni Pedro, ni Pablo, ni los demás autores del Nuevo Testamento, ni supuestos funcionarios del poder central de la Iglesia podían falsear la imagen de Jesús en una época tan próxima a los acontecimientos fundacionales del cristianismo, en que el recuerdo vivo de Jesús estaba tan presente.

Fe e historia

Este breve recorrido por los resultados de las investigaciones de grandes estudiosos del Nuevo Testamento y de la antigüedad cristiana nos permite confirmar la solidez de nuestra fe cristológica. La fe es un asentimiento libre y razonable. No es ni un 'producto necesario' de los argumentos de razón, ni tampoco un 'asentimiento ciego'. Este recorrido sólo quiere mostrar que los datos que nos aporta la ciencia histórica no están en contradicción con la fe de la Iglesia y que, por lo tanto, la fe cristiana puede ser vista como una opción razonable; no la única, pero sí, a nuestro juicio, la opción más razonable. Así como no puede haber contradicción entre la fe y la razón, así tampoco puede haber contradicción entre la fe y la historia.

Por el contrario, la solidez y seriedad de los estudios históricos que nos muestran la fe en Cristo como una opción razonable, contrasta con la falta de seriedad y la fragilidad de los argumentos de quienes, en este último tiempo, están queriendo deformar el rostro de Jesús. En este caso, la defensa de Jesús debe ser asumida no sólo en nombre de la fe, sino también en nombre de la razón y de la ciencia histórica.

Si consideramos que la historia es una ciencia, entonces estas falsificaciones no sólo dañan al cristianismo, sino a la misma ciencia histórica, que pierde credibilidad y tiende al escepticismo, al aceptar por igual teorías que no tienen ningún sustento documental. Hoy surgen presentaciones de Jesús y de su Iglesia que están en franca contradicción con los datos de la historia y para sustentarse deben recurrir a las hipótesis más inverosímiles absolutamente carentes de sustento documental.

El cristianismo proviene de Cristo. La primera Iglesia intentó moldear su vida de acuerdo a Jesús mismo. El modelo de la vida de la comunidad era Jesús en persona. Los cristianos, es decir, los que se dejaron cautivar por Cristo, siguieron a Jesús en su estilo de vida, aún en circunstancias difíciles. Por ejemplo, la libertad de Jesús frente a la Ley, su actitud frente a la riqueza, su cercanía con los pecadores, su confianza en la Providencia, su amor a los enemigos, etc., plantearon situaciones dramáticas e incómodas al interior de las comunidades. Esto muestra hasta qué punto la vida de los cristianos era modelada por la vida de Jesús. Los primeros cristianos no se adaptaron un Jesús a su medida, sino que adaptaron sus vidas en función de Jesús. Los que no se sintieron atraídos por el modo de vivir de Jesús, simplemente no se hicieron cristianos.

A la luz de estas reflexiones se muestra la falta de lógica elemental que profesan aquellos que insisten en que la comunidad cristiana estaba empeñada en ocultar el verdadero Jesús e imponer un Jesús funcional a sus propios intereses. Si Jesús no los satisfacía, ¿por qué lo siguieron?, ¿por qué seguían a alguien cuya verdadera imagen no estaban dispuestos a propagar?, ¿qué razones tenían para arriesgar sus vidas por un personaje que buscaban modificar más que transmitir? En un tema más concreto: ¿qué interés habrían tenido los discípulos en inventar el celibato, si Jesús no lo hubiese instituido con su propia observancia? Los inventores del celibato hubiesen sido las primeras víctimas de su propio invento; el celibato como invento humano hubiera sido una pura carga. Aquí está la paradoja: hay quienes hoy quieren mostrar a la Iglesia como una institución dedicada a ocultar el verdadero rostro de Jesús, en circunstancias que lleva casi 2000 años haciendo los esfuerzos más heroicos para manifestar, divulgar, pregonar y predicar a Cristo, para que Él sea conocido en todo el mundo.

Junto a esta falta de lógica, hay una falta de seriedad en la interpretación de los textos antiguos. Los textos gnósticos, como el Evangelio de Felipe, tienen una lógica particular que debe guiar cualquier intento de interpretación. El estudioso holandés G. Quispel, advierte: «El mito valentiniano no hace sino expresar en imágenes y en símbolos el encuentro del hombre y de Cristo. Si uno se da cuenta de este hecho, la doctrina valentiniana se vuelve menos oscura. Ella no contiene especulaciones confusas sobre una prehistoria lejana; ella es más bien una expresión poética de la redención del hombre por el Salvador. El hombre y el Salvador son los únicos protagonistas en este drama soteriológico» [Eranos Jahrbuch XV (1947), p. 250]. Esta advertencia es vital para comprender la enseñanza gnóstica que, bajo una expresión mítica, ofrece un sistema

teológico. De ahí, cabe hacerse una pregunta que podría parecer superflua: ¿En qué sentido los gnósticos creían en el mito gnóstico? Cualquiera que tenga una cierta familiaridad con los escritos gnósticos comprende perfectamente que una presentación de Jesús como esposo de tal o cual personaje bíblico no puede sino ser una expresión alegórica. Estoy seguro que los primeros en estar de acuerdo con esta interpretación y en contra del *Código de Da Vinci* serían el mismo autor del Evangelio de Felipe, y Valentín, Teódoto, Heracleón, es decir, los grandes gnósticos del siglo II. Por otra parte, la marcada tendencia gnóstica a despreciar la creación y, por ello, la corporalidad y el matrimonio, excluye una interpretación literal de los textos que presentan a Jesús como esposo, que en realidad no son otra cosa que un desarrollo de las expresiones que ya el Nuevo Testamento utilizaba metafóricamente para expresar la relación entre Jesús y su Iglesia.

Abordando, ahora, el contenido del apócrifo de Judas, más que insistir argumentos ya expuestos, quisiera hacer una observación importante: En ninguna parte del nuevo apócrifo Cristo 'fuerza' a Judas a traicionarlo. Jesús sólo le dice a Judas: «Tú vas a superarlos a todos ellos, porque tú vas a sacrificar al hombre que me reviste» (p. 56). De este modo, Judas no traiciona a Cristo, sólo entrega al hombre que reviste a Cristo (algo como su 'envoltorio'). Esto supone la visión gnóstica del hombre y de Cristo, en que el hombre visible es diferente al Cristo que lo inhabita. Los gnósticos de fines del siglo II propusieron este tipo de soluciones para evitar el escándalo de la cruz, de hecho, en el Evangelio de Felipe, el grito de la cruz, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* lo interpreta como el grito del hombre Jesús que se queja porque el Cristo Dios lo ha abandonado en la pasión; incluso algunos gnósticos afirmaban que el que murió en la cruz no fue Jesús sino Simón de Cirene (cf. *Adv. haer.*, I,24,4). Cualquiera que conozca un poco la antropología judía, de corte unitario, y su diferencia con la antropología griega, de tendencia dualista, reconocerá que la citada frase del Evangelio de Judas no puede tener su origen en los labios de Jesús ni en el ambiente judío, y que, por tanto, se trata de una especulación helenística tardía de la segunda mitad del siglo II.

Todo esto representa una desvalorización de la moral. Según los gnósticos la salvación o perdición del individuo no depende del libre albedrío propio, sino de su constitución ontológica, es decir, su naturaleza. Así, los hombres están bajo un rígido determinismo que tiene su causa en el origen y su consecuencia necesaria en el destino. Estas doctrinas giran en torno a especulaciones protológicas; en ellas no hay lugar para la caridad, ni para la búsqueda de la justicia; no hay preocupación por los demás, ni lugar para la verdadera conversión. Indudablemente, una enseñanza así no proviene de Jesús.

Conclusión

¿Qué hacer? Mucho se puede hacer, hay tantos ámbitos desde donde se puede aclarar la verdad. Pero, si queremos defender la verdad de Jesús, esta verdad que hunde sus raíces en la historia, es necesario que con nuestras vidas demos testimonio de la objetividad de Jesús. Para ello debemos profundizar nuestra relación personal y viva con el Señor, por medio de la lectura de los evangelios, por la participación en la eucaristía, por la meditación de sus misterios, tan admirablemente compendiados en el Rosario, por el estudio serio de la persona de Jesucristo, etc.

La objetividad de Cristo se oscurece cada vez que moldeamos un Jesús funcional y adecuado a nuestras necesidades, y resplandece allí donde nosotros modificamos nuestra propia vida de acuerdo al modelo que es Jesús, *aquel que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida*. Una religiosa contemplativa le explicaba a un grupo de jóvenes cómo hacer la *lectio divina*, les decía: recuerden que no debemos adaptar la Palabra a nuestras necesidades, sino que debemos adaptarnos nosotros para acoger esa Palabra. La firmeza y la solidez le pertenecen a Jesús, y somos nosotros los que debemos ser moldeados.

Finalmente, para una buena cristología, nada mejor que una buena mariología. Ya en los primeros años del siglo I, San Ignacio de Antioquía, camino al martirio, ante quienes negaban la realidad de la encarnación o ponían en duda la divinidad del Salvador, proclamaba a Jesús: «nacido verdaderamente de una virgen». Al decir, verdaderamente *nacido*, afirmaba la verdad de la encarnación; y al señalar el nacimiento *virginal*, indicaba la divinidad de Jesús. Por eso exhortaba a los cristianos: Hacedos los sordos cuando alguien os hable a no ser de Jesucristo, el de la descendencia de David, el hijo de María, que nació verdaderamente, que comió y bebió, que fue verdaderamente perseguido en tiempo de Poncio Pilato, que fue crucificado y murió verdaderamente (IX,1).

Y ante la multitud de errores en torno a Cristo recordaba: Hay un solo médico: carnal y espiritual; creado e increado; Dios hecho carne; vida verdadera en la muerte; [nacido] de María y de Dios; primero pasible y luego impasible: Jesucristo nuestro Señor (Ef., VII.2). ■

Giotto, Crucifixión.



EL EVANGELIO, ¿DE JUDAS?

PBRO. SAMUEL FERNÁNDEZ
Decano de la Facultad de Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile

Indudablemente, no se trata de un texto escrito por Judas, de ser así, Judas debería haber vivido unos 200 años. Se trata de un manuscrito del siglo IV, es decir, más de 300 años después del nacimiento de Jesucristo, que contiene un relato que lleva por título '*El Evangelio de Judas*'.

Los Evangelios más antiguos, son los de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, que están escritos pocos años después de la muerte y resurrección de Jesús, y en su redacción participaron testigos directos de la vida de Cristo, que escucharon sus predicaciones, conversaron con Él, lo vieron curar a los enfermos, después de su muerte lo vieron resucitado y, por testificar su resurrección, fueron capaces de dar la vida. Con razón San Juan, en su primera carta, afirma que da testimonio de '*lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos*' (1 Jn 1,2). Los Evangelios, por estar inspirados cuentan con una autoridad especial, y por su antigüedad son los documentos más importantes para conocer históricamente a Jesús. En los siglos posteriores, diversos grupos comenzaron a componer historias sobre Cristo que mezclaban datos de los Evangelios con las especulaciones, interpretaciones y fantasías de cada autor. Estos son los llamados evangelios apócrifos. Algunos de estos escritos surgieron para satisfacer la curiosidad de los fieles, y son leyendas fantásticas acerca de la vida de Jesús; mientras otros nacieron del deseo de propagar particulares opiniones acerca de Cristo, sostenidas por algún determinado grupo y, para darle autoridad, los firmaban con el nombre de algún personaje antiguo.

Hoy se conservan muchos textos apócrifos, todos muy posteriores a los Evangelios del Nuevo Testamento, y contienen las historias más pintorescas que nos podamos imaginar. Es muy fácil acceder a ellos, están en castellano, en muchas bibliotecas y en las librerías católicas. Nadie los mantiene escondidos ni prohibidos, y los manuscritos de la mayoría de ellos están en poder de las grandes bibliotecas europeas, tales como la Biblioteca Nacional de Francia y la Biblioteca Británica.

El supuesto Evangelio de Judas no debió ser un texto de mucha importancia ni siquiera en su época, prueba de ello es que hoy se conserva un solo manuscrito, porque pocos tuvieron interés en copiarlo y difundirlo. De la obra de Homero, por ejemplo, se conocen más de 640 manuscritos, y del Nuevo Testamento se conservan 5.600 manuscritos, muchos de ellos del siglo II y III, e incluso algunas páginas del siglo I. No hay ningún texto más seguro en su transmisión que el Nuevo Testamento, esto lo reconoce cualquier persona que sepa un poco del tema.

Quien quiera conocer a Jesús debe recurrir a los testigos directos de su vida, y estos testimonios se conservan en el Nuevo Testamento. Desconfiar de los testigos directos y confiar en testimonios tardíos y de segunda mano no tiene ninguna lógica. Pretender que la verdad sobre Jesucristo se encuentra en un texto tardío, del que se conserva un único manuscrito del siglo IV, encontrado hace algunos años en Egipto, es algo que ningún estudioso serio, que busque con sinceridad la verdad, podría aceptar.

Las Cartas de San Pablo y los cuatro Evangelios fueron redactados cuando los testigos directos de la vida de Cristo aún estaban vivos. Estos escritos han sido conservados y transmitidos como un tesoro por una comunidad viva, que los ha leído, copiado y difundido públicamente a lo largo de la historia. La difusión ha sido tan amplia que la Iglesia, aunque hubiese querido, no podría haber deformado los Evangelios, puesto que desde el inicio del cristianismo han sido demasiado conocidos por todos.

De todos modos, una cosa hay que reconocer: el revuelo que ha causado el anuncio de la publicación de este texto revela la profunda fascinación que despierta en tantos corazones la figura de Jesús de Nazaret. Incluso los que lo rechazan con mayor fuerza, no pueden dejar de hablar de Él. ■

EL EVANGELIO DE JUDAS: ¿CONFUSIÓN O DESCONOCIMIENTO?



TONY MIFSUD S.J.
Doctor en Teología
Profesor Universidad Alberto Hurtado

Curiosamente, algunas personas que se declaran ateas o agnósticas afirman tajantemente que la aparición del Evangelio de Judas constituye un duro golpe al cristianismo, mientras, de hecho, para un cristiano, informado y formado, el manuscrito tiene un indudable interés histórico pero resulta totalmente irrelevante para su fe.

Primero habría que decir lo obvio: Judas no es el autor del escrito porque murió un siglo antes. Se tenía conocimiento del Evangelio de Judas porque Ireneo hace referencia a él en su disputa con los gnósticos (año 180). Así se estima que el escrito atribuido a Judas se remonta al año 150, mientras el manuscrito descubierto es del siglo IV, siendo una copia en lengua copta del original.

En los primeros dos siglos aparecieron muchas narraciones sobre la persona de Jesús de Nazaret, pero sólo los Evangelios atribuidos a Marcos, Mateo, Lucas y Juan quedaron en la tradición de la comunidad de los seguidores de Jesús el Cristo como los auténticos portadores del mensaje de la Buena Noticia (es decir, evangelio). Mateo y Juan fueron apóstoles, es decir, conocieron directamente a Jesús; Marcos y Lucas fueron discípulos que pertenecieron a la primera comunidad de cristianos. Algunos de los otros libros (los apócrifos) se conocen tan sólo por referencia; de otros sólo existen fragmentos; y hay algunos manuscritos completos. Estos escritos, fragmentos, referencias están recogidos en distintos estudios bíblicos. Por consiguiente, no es cierto que fueron ocultados.

Ahora bien, el interés de Ireneo era distinguir el cristianismo del gnosticismo. Su referencia al Evangelio de Judas es simplemente como un ejemplo del pensamiento gnóstico, concretamente del grupo de los cainitas (admiradores de Caín). El pensamiento gnóstico era dualista, es decir, dividían entre cuerpo y alma, estableciendo que el camino al verdadero conocimiento (gnosis) se lograba mediante el desprecio al cuerpo para liberar al alma. Además, eran elitistas, en el sentido de que el verdadero conocimiento era reservado tan sólo a algunos iluminados. Estos dos elementos están presentes en los pasajes que se han publicado del Evangelio de Judas, dejando claro que este escrito es una narración que pretende sostener tesis gnósticas.

Evidentemente, este pensamiento no coincide con el mensaje cristiano. Ireneo refuta a los gnósticos (especialmente a Valentín y su discípulo Tolomeo) insistiendo en el misterio de la Encarnación, es decir, que la Persona de Jesús es el Dios hecho carne, y, en Cristo, Dios asume la humanidad y le ofrece el camino de la salvación, porque Jesús es el camino que conduce a la verdad y abre a la vida auténtica. El cristianismo siempre ha asumido la complementariedad entre cuerpo y alma, sosteniendo que el ser humano es un alma encarnada o un cuerpo que tiene un principio espiritual.

Por lo tanto, el Evangelio de Judas es portador de un pensamiento que resulta ajeno al cristianismo. Pero, además, la fe del cristiano se basa en la experiencia fundante de un encuentro, personal y comunitario, con Dios. Es una relación interpersonal. El Jesús Resucitado vive. La fe del cristiano no se basa en la tumba vacía, sino en la experiencia del encuentro con el Jesús Resucitado. Los cuatro Evangelios ayudan de manera privilegiada en el camino de la fe, pero nada sustituye esta experiencia de encuentro. Aún más, los Evangelios se comprenden plenamente sólo desde esta experiencia de fe.

En su primera encíclica, Benedicto XVI escribe: "Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (*Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, N° 1).

Por consiguiente, el manuscrito descubierto arrojará luz sobre el pensamiento gnóstico de los primeros siglos, pero no influye en nada en el pensamiento cristiano porque su autoría justamente pertenece a un grupo que se distanció de la comunidad cristiana.

Ningún Evangelio fue escrito por Jesús, ya que es a partir de la Resurrección que el Jesús de Nazaret es reconocido como el Cristo de la fe (Pentecostés). Los Evangelios dan testimonio de esta fe de la comunidad cristiana, fruto de la experiencia fundante del encuentro con Cristo Resucitado. Aún más, cada cristiano tiene la misión de dar testimonio de este encuentro con Cristo, y, en este sentido, está llamado a ser un Evangelio personal para los demás. ■

Comentario publicado en El Mercurio, el 10 de mayo 2006 y en el periódico Iglesia de Santiago, mayo 2006.

Jesús es la identidad misma del cristianismo

En ciertos temas, no basta una buena pluma, es necesario saber y Fernando Villegas, cuya agudeza en otros temas es innegable, opinando sobre los Evangelios –como ocurrió en una columna publicada en La Tercera el domingo– fue más allá de su competencia. Por ejemplo, afirma que los historiadores contemporáneos o algo posteriores, como Suetonio, Tácito, Flavio Josefa, no se refieren a la existencia de un Jesús de Nazareth. Pero tanto Suetonio como Tácito y Flavio Josefa nombran a Cristo, en Vita Claudii XXV, Anales XV,44 y Antiquitates Iudaicae, XVII,3.

Si duda de los Evangelios del siglo I por estar escritos bastante después de la muerte de Cristo, menos debería confiar en el de Judas, escrito 100 años después de San Marcos. La verdad histórica de Jesús posee el mejor subtexto material, histórico y científico, y ha superado las más severas críticas durante siglos. No es, entonces, que el historiador cristiano cree mientras el agnóstico sabe; más bien uno cree que sí, mientras otro cree que no.

Por otra parte, la amplia y rápida difusión de los Evangelios habría impedido cualquier intento eclesial de modificar los textos. Y si la Iglesia hubiese inventado una historia oficial, habría impuesto un único evangelio, no cuatro, y no habría presentado a Pedro negando a Jesús ni a los discípulos huyendo ante la crucifixión.

Si Fernando Villegas leyó el Evangelio de Judas, no lo entendió. Según el apócrifo, Cristo no fuerza a Judas a traicionarlo, sólo le dice: "tu vas a sacrificar al hombre que me reviste". Judas entregaría al hombre que reviste a Cristo, algo típico de la complicada antropología agnóstica. En estos temas complejos no se puede opinar categóricamente sin los conocimientos de un especialista.

Finalmente, el artículo acierta en dos puntos centrales: "el cristianismo es una religión basada en hechos concretos" y "Jesús como persona es la identidad misma del cristianismo". Así, el cristianismo es sólido, porque no depende de la novedad de turno, sino del acontecimiento y de la persona de Jesús. ■

PADRE SAMUEL FERNÁNDEZ
Decano de la Fac. de Teología P.U.C.

(Carta publicada por La Tercera, 23 abril 2006)

Judas cometió traición

Señor Director:

Cuando hay versiones diferentes acerca de un mismo hecho, hay que dar crédito a la versión que está mejor avalada.

El hecho es la actitud de Judas en la Pasión de Jesús.

Una es la versión del texto que se presenta como "Evangelio de Judas". El texto fue escrito en el siglo III en un país diferente de Palestina. Como Judas había muerto hacía 200 años, hay seudonimia; es un anónimo. Presenta una versión original, sin fundamento, pues ninguna fuente anterior al siglo III la avala.

Otra es la versión de los Evangelios. Son cuatro autores distintos, concordantes y fidedignos. Todos del siglo primero: no sólo son cercanos a los hechos, sino que están respaldados por testigos oculares. Sus autores estuvieron dispuestos al martirio para avalarlos. El análisis interno de los textos y la comparación con otras fuentes documentales del siglo I apoyan su historicidad.

El evangelio apócrifo en comento no aporta nada a la reconstitución de los hechos acaecidos en la Pasión de Jesús (probablemente año 30 d.C.), pero puede ser interesante para conocer las ideas de una persona o tal vez de un grupo de cristianos del siglo III, quizás de Egipto.

Aunque las opiniones sobre Judas o sobre Jesús no tienen fundamento, el texto es uno más de los centenares que tenemos del siglo III. Es muy aconsejable al respecto cualquier tratado de Patrología, p.e. el de Quasten.

Pbro. Jerónimo Walter Cruchaga ■

(Carta publicada por El Mercurio, 11 abril 2006)

CÓDIGO DA VINCI... UNA NOVELA DE LA "NEW AGE"*

PADRE VICENTE SOCCORSO DI BONO, SDB

Leonardo Da Vinci, La Anunciación de María.



Leonardo Da Vinci, Vitruvio.



Leonardo Da Vinci, Mona Lisa.

La gran difusión que ha tenido la novela de Dan Brown, *El Código Da Vinci*, y los interrogantes que ha suscitado en muchas personas, hacen oportunas algunas precisiones para los lectores menos informados históricamente¹.

1. La trama de la novela

A partir de un homicidio perpetrado en el museo del Louvre, en París, los protagonistas de la novela, Roberto Langdon, profesor de simbología religiosa, y Sophie Neveu, criptógrafa de la policía francesa, van paulatinamente descubriendo una verdad que puede tener grandes consecuencias para la humanidad. Una antigua sociedad secreta nacida en 1099, el Priorato de Sión, ha mantenido celosamente escondidos una gran cantidad de documentos, que probarían que la visión cristiana tradicional sobre Jesús, transmitida por los Evangelios, no es la verdadera.

Según estos documentos, Jesús no es el Hijo de Dios, como se cree, sino un profeta descendiente del rey David, que se casó con María Magdalena y de ella tuvo una hija, Sarah. Cuando Cristo fue crucificado, María Magdalena huyó a Francia y allí dio a luz. Con el tiempo, los descendientes de Jesús se habrían emparentado con la dinastía merovingia en Francia y siguen perpetuándose en la familia de la protagonista, Sophie, protegidos por los miembros del Priorato, en espera de poder reclamar sus derechos reales en Francia.

La Iglesia católica –según la novela– conoce desde mucho tiempo la existencia de esos documentos secretos, y ha siempre tratado de destruirlos para conservar su poder.

La novela relata una verdadera "caza al tesoro" al estilo policial, en la que la Iglesia, representada en un Obispo del Opus Dei, y los protagonistas de la novela tratan de descubrir el paradero de los documentos y apoderarse de ellos.

2. Una novela

Es importante establecer, desde un comienzo, que *El Código Da Vinci* es una "novela" o sea un género literario bien específico, que por definición no es ni historia ni ciencia, y por lo tanto hay que leerlo y valorarlo como una *novela*, como una ficción.

El autor mismo lo deja entender desde la primera página del libro, con la siguiente afirmación: "*Todas las descripciones de las obras de arte, edificios, documentos y rituales secretos que aparecen en esta novela son veraces*"². Quiere decir que todas las otras cosas, o sea los hechos, las tesis, las interpretaciones, los juicios que se emiten sobre personas, instituciones, documentos, obras de arte, etc., quedan excluidas expresamente de la categoría "veracidad". Así, por ejemplo, el autor puede describir en forma correcta la "Última Cena" de Leonardo, pero la interpretación que hace

acerca de los secretos que encerraría esta obra de arte resulta gratuitamente fantástica³.

Que se trata sólo de una *novela* resulta evidente por la forma como concluye la tesis central del libro: la existencia de tres baúles de documentos (el *Santo Grial*) que supuestamente comprometerían la visión tradicional de la persona de Jesús y de su doctrina.

En efecto, después de la interminable "caza al tesoro" al estilo scout, el autor nos lleva al punto exacto donde se encontrarían actualmente estos documentos potencialmente revolucionarios, punto que es nada menos que un monumento muy conocido, la Pirámide del Louvre, en París, "concebida y encargada en la década de 1980 por la esfinge en persona, Francois Mitterand"⁴. Bajo la pirámide yacerían las famosas pruebas que confirmarían que María Magdalena fue en realidad la esposa de Jesús y que destruirían todo lo que las Iglesias cristianas vienen transmitiendo sobre Él desde hace dos mil años.

Pero el autor no se preocupa de explicar quién pudo colocar allí esos documentos (¿fue el mismo Presidente Mitterand?), cómo pudo transformarse un conocidísimo monumento público en un escondite secretísimo, y sobre todo porqué esos explosivos documentos no se dan a conocer, porque, en fin de cuentas, todo es una... *novela*.

En el último capítulo del libro, Dan Brown aclara, en forma más explícita, que hay que considerar su historia como una *novela*.

Así, la misma leyenda del *Santo Grial*, que sostiene toda la narración, aparece lo que es en realidad: una leyenda. Basta prestar atención a lo que el autor pone en boca de uno de sus personajes, Marie Chauvel, abuela de la protagonista, en las últimas páginas: "*Es el misterio y la curiosidad lo que mueve a nuestras almas, y no el Grial en sí mismo. Su belleza está en lo etéreo (léase: indefinido, intangible) de su naturaleza. Para algunos, el Grial es un cáliz que les concedería la vida eterna. Para otros, es la búsqueda de los documentos perdidos y de la historia secreta. Para la mayoría sospecho que se trata sólo de una gran idea... un tesoro glorioso inalcanzable que, de alguna manera, incluso en nuestro caótico mundo de hoy, nos inspira*"⁵.

Además podemos añadir que las afirmaciones del libro no están documentadas. La obra no tiene citas al pie de página o al final; todo lo que allí se afirma se fundamenta solamente en el hecho que... el autor lo dice.

A menos que no se quiere considerar como fundamento científico el libro de Michael Baigent, Richard Leigh and Henry Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*⁶, en el que se inspira la novela de Brown. Pero esta obra, detrás de un laborioso aparato científico, junta una multiplicidad impresionante de datos disparatados, históricos y menos históricos, vinculándolos en forma arbitraria e interpretándolos en una forma muy lejana al rigor científico⁷.

Menos todavía podría dar una base documental a la novela de Brown el opúsculo de René Chandel, *Más allá del Código Da Vinci*⁸.

Pues, ¿qué credibilidad científica podría tener este opúsculo que en su primer capítulo, al hablar de los *Evangelios Apócrifos*, afirma: "*Hay multiplicidad de ellos: están los papiros de Nag Hammadi, los papiros de Qumram y los rollos del Mar Muerto*"⁹?

Pues si es verdad que los papiros de Nag Hammadi incluyen unos evangelios Apócrifos, el autor parece ignorar que los papiros de Qumram y los rollos del Mar Muerto son la misma cosa, y que esos escritos no tienen ninguna relación con los evangelios Apócrifos, sino son copias manuscritas de libros del Antiguo Testamento y documentos referentes a la Comunidad de Esenios, una secta religiosa judía, que residía en Qumram antes de la destrucción de Jerusalén. En ninguno de ellos se menciona a Jesucristo, en ninguno se habla de "Evangelio"... Catalogar esos escritos como evangelios Apócrifos, como hace René Chandel, demuestra una superficialidad científica tan evidente que impide dar credibilidad a su opúsculo¹⁰.

3. La tesis de la novela

Más allá de los errores históricos puntuales¹¹, hay un tema que es necesario aclarar, pues constituye la tesis central del libro y sostiene toda su narración.

* Documento disponible en www.iglesiadesantiago.cl

1 Para un análisis más completo y muy acertado acerca de *El Código Da Vinci* y sus errores, se puede consultar el libro de Amy Welborn, *Descodificando a Da Vinci*, Ed. Palabras S.A., Madrid 2004, (se encuentra también en internet).

2 Cfr. Dan Brown, *El Código Da Vinci*, Ediciones Urano, S.A., Barcelona 2003, p. 11.

3 Cfr. Dan Brown, *El Código*, pp. 302ss. y la crítica de Amy Welborn en el cap. 8 de la Obra citada.

4 Dan Brown, *El Código*, p.555.

5 Dan Brown, *El Código*, p. 545. Lo subrayado no es del autor.

6 Editado por Jonathan Cape, Londres 1982; traducción castellana: *El enigma sagrado*, Ediciones Martínez Roca S.A., Barcelona 2001.

7 Cfr., como ejemplo, lo que el autor afirma acerca del Papa Juan XXIII y su pertenencia a la "Rose-Croix", en las pp. 152-155. La continua referencia a *Les Dossiers secrets*, como fuente central de información, da una base científicamente inconsistente a toda la obra, pues estos escritos han resultado ser una falsificación admitida por sus mismos autores. Cfr. Amy Welborn, cap. 9.

8 Ediciones Robin Book S.A., Buenos Aires 2004.

9 *Más allá del Código*, p. 17.

10 Renunciamos conscientemente a analizar las numerosas afirmaciones erróneas del libro, pues no la consideramos una tarea seria.

Tenemos que precisar que, hace algunos años, un profesor de papirología del

Pontificio Instituto Bíblico de Roma, José O'Callaghan, creyó haber descubierto, entre los fragmentos de Qumram, un pequeño fragmento del Evangelio de Marcos. Pero es altamente improbable que se trate de versículos de Marcos; y si aún lo fueran, se trataría del Evangelio canónico de Marcos, escrito antes de la destrucción de Jerusalén, y que no tiene nada que ver con los *Evangelios Apócrifos*, que son muy posteriores.

11 Son muchísimos. Basta leer el citado libro de Amy Welborn. En Apéndice II señalamos una muestra de afirmaciones gratuitas y erróneas del autor.

Según el autor, la figura de Jesús, así como la conocemos en la tradición cristiana, sería el fruto de una confabulación entre el emperador romano Constantino y los líderes de la Iglesia Católica en el siglo IV (325 d.C.), quienes habrían decidido adorar como Dios a Jesús, hasta entonces venerado como un simple mortal, para fortalecer su poder.

Para lograr su cometido habrían destruido la mayoría de los evangelios que se habían escrito hasta entonces y habrían editado los cuatro Evangelios que hoy conocemos, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, en los que intencionalmente habrían subrayado la divinidad de Jesús y eliminado sus características más "humanas". He aquí algunas afirmaciones del libro.

"Constantino encargó y financió la redacción de una nueva Biblia que omitiera los Evangelios en los que se habla de los rasgos humanos de Cristo y que exageraran los que lo acercaban a la Divinidad. Y los evangelios anteriores fueron prohibidos y quemados"¹².

"...la Biblia moderna (lee: 'Nuevo Testamento', ya que el autor no distingue adecuadamente) había sido compilada y editada por hombres que tenían motivaciones políticas: proclamar la divinidad de un hombre, Jesucristo, y usar la influencia de Jesús para fortalecer su poder"¹³.

Hasta el Concilio de Nicea, Jesús era para los cristianos "un profeta mortal..."; en ese Concilio, ordenado por Constantino, se votó y se decidió que Jesús era Dios¹⁴. De manera que "casi todo lo que nuestros padres (léase: la tradición cristiana de 2000 años) nos han enseñado sobre Jesús es falso"¹⁵.

"Por suerte para los historiadores... algunos de los Evangelios que Constantino pretendió erradicar se salvaron. Los manuscritos del Mar Muerto¹⁶... los manuscritos coptos hallados en Nag Hammadi en 1945... esos documentos hablan del ministerio de Cristo en términos muy humanos"¹⁷.

¿Qué valor hay que dar a esta tesis del autor?

En primer lugar hacemos notar que existen innumerables testimonios de los Padres de la Iglesia, anteriores a Constantino, que muestran sin sombra de duda que la Iglesia desde sus comienzos ha considerado a Jesús como Dios. Más aún, desde comienzos del siglo II encontramos testimonios **ajenos al cristianismo** que afirman que los cristianos veneraban a Jesús como Dios. Así hace el gobernador romano de Asia Menor, Plinio el Joven (112 d.C.) en una carta al emperador Trajano (Ep. X, 96). Además sólo el reconocimiento de Jesús como Dios puede explicar el martirio de miles de cristianos en las persecuciones desencadenadas contra ellos durante tres siglos antes de Constantino.

En cuanto a los Evangelios gnósticos, que supuestamente probarían, según el autor, que los cristianos veneraban a Jesús sólo como un profeta, hay que puntualizar cuanto sigue.

4. Los Evangelios gnósticos y su valor

Efectivamente en 1945 en Nag Hammadi (Alto Egipto) se descubrieron 52 escritos, de distinto tipo¹⁸, de los primeros siglos de la era cristiana, entre los cuales se encuentran algunos evangelios cristianos que no se conocían, pero de los que se sospechaba la existencia a partir de los escritos apologeticos de varios Padres de la Iglesia de finales del siglo II en adelante: *El Evangelio de Tomás*, *El Evangelio de Felipe*, *El Evangelio de la Verdad*, *El Evangelio de los Egipcios*, *El Evangelio de María*.

Los manuscritos originales están escritos en copto (traducción en caracteres griegos de la lengua egipcia) y se encuentran, desde 1952, en el Museo Copto de El Cairo; sólo una parte del Código I se encuentra en poder de la Fundación Jung en Bélgica. Los manuscritos han sido traducidos y publicados en su totalidad por un equipo de científicos de diversas naciones y hoy es relativamente fácil encontrarlos en bibliotecas especializadas.

Según los estudiosos estos manuscritos datan del 350 d.C. al 400 d.C.¹⁹; pero algunos de ellos podrían ser copias de escritos anteriores, que deben remontarse a la segunda mitad del siglo II, ya que San Ireneo, Obispo de Lyon, en su polémica contra los gnósticos, escribe alrededor del 180 d.C. que "los heréticos alardean de poseer más Evangelios de los que realmente existen"²⁰.

Pues bien, estos escritos presentan una figura de Jesús bastante diversa de la que presentan los Evangelios tradicionales, que son llamados **canónicos** (de *canon* = regla, pues sirven de regla para la doctrina cristiana). Jesús parece a menudo un sabio oriental, un maestro de vida que guía al conocimiento de uno mismo y del universo, más que el Hijo de Dios que vino a salvar al hombre de sus males, entregándose por él en la cruz. Algunos estudiosos han hecho notar justamente que se podrían muy bien atribuir a Buda las afirmaciones que Jesús hace en *El Evangelio de Tomás*²¹. 'Jesús el Viviente' de los textos gnósticos "habla de ilusión y de iluminación, y no de pecado y de arrepentimiento como el Jesús del Nuevo Testamento. En cambio de venirnos a salvar del pecado, viene como guía, para abrirnos el camino del conocimiento espiritual"²².

Entre otras cosas, hay unas pocas afirmaciones que muestran a María Magdalena muy cercana a Jesús y con un rol que no aparece en los Evangelios canónicos²³.

Pero la existencia de estos evangelios Apócrifos²⁴, en la que se apoya toda la novela de Brown, es absolutamente incapaz de fundamentar las tesis del autor.

En primer lugar, es falso que fue Constantino quien, en el siglo IV, de acuerdo con los líderes de la Iglesia, hizo editar los cuatro Evangelios canónicos que hoy poseemos, haciendo desaparecer los "otros" evangelios

que no convenían a sus planes políticos. El autor desconoce que está establecido históricamente que ya al final del siglo II la Iglesia, en medio de las persecuciones de los paganos y de las luchas con los herejes, había establecido con claridad cuáles eran los Evangelios que ella había siempre reconocido como transmitidos por las comunidades de los primeros siglos²⁵. Los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan figuran como los únicos Evangelios aceptados oficialmente por la Iglesia ya en el siglo II, casi 200 años antes que Constantino llegara a ser emperador de Roma. Tampoco pudo Constantino cambiar el contenido de esos escritos sagrados, ya que eran conocidos y leídos desde siglos en todas las comunidades cristianas.

En segundo lugar, los más antiguos Evangelios gnósticos, en el mejor de los casos, datan de la segunda mitad del siglo II, o sea fueron escritos 70 u 80 años después de los Evangelios canónicos²⁶, y por lo tanto son mucho más alejados del Cristo histórico. Además, según las mismas afirmaciones de sus autores, los gnósticos daban poca importancia a la tradición de los Apóstoles, o sea, a la transmisión de la doctrina y de la figura de Jesús que se hacía en la Iglesia desde los primeros años, y se fundamentaban más bien en las supuestas revelaciones personales que recibían del Espíritu o de Cristo²⁷.

¿Qué figura de Jesús pueden presentar los Evangelios gnósticos, mucho más tardíos con respecto a los Evangelios canónicos, y que se basan en las revelaciones personales de sus autores?

No nos extraña absolutamente que la figura de Cristo presentada en esos escritos sea más cercana a la de un "sabio oriental", y se aleje de la figura de un "Cristo judío", en continuidad con la tradición del Antiguo Testamento, así como es de esperar por el hecho que Jesús históricamente fue un judío, y que se proclamó a sí mismo como el Mesías esperado por el pueblo judío, como lo atestiguan aún antiguas fuentes no cristianas²⁸.

Históricamente la tesis central de Dan Brown no se sostiene absolutamente, por lo que todas las afirmaciones que él hace a partir de esta tesis pierden su valor y se hace inútil refutarlas una por una.

5. Las ideas de la "new age" presentes en la novela

La importancia de la novela, y tal vez su éxito, no residen tanto en los acontecimientos que narra, sino en las ideas que subyacen a la narración y que interpretan tendencias de pensamiento que son comunes a mucha gente.

Por lo tanto, más que centrarse en la fragilidad histórica y científica de *El Código Da Vinci*, es interesante descubrir en la obra la presencia de estas ideas, que se encuentran largamente difundidas en el pensamiento religioso y en las tendencias culturales del nuestro tiempo ("new age")²⁹. El análisis de la novela realizado desde esta perspectiva demuestra que el autor sabe captar estas ideas de la cultura actual y las presenta en forma atractiva para el lector de hoy. Tal vez es éste el secreto de la gran aceptación que la novela ha encontrado en el público en general.

Aquí enunciamos solamente estas ideas, sin tener la intención de profundizarlas, para que el lector pueda descubrirlas por su cuenta en la lectura de la novela.

Una religiosidad vaga, que no compromete la vida

La tendencia actual, en campo religioso, es el alejamiento de la fe tradicional, que ofrecía certezas e indicaba caminos concretos y exigentes de vida, y la búsqueda de una religiosidad abierta a una multiplicidad de creencias que tienen en común la vaguedad y la falta de compromiso con la vida.

Así hoy se va detrás de la adivinación y de los horóscopos, del retorno a supuestas "vidas anteriores" y de la magia; se aceptan, con el mismo valor, las técnicas de relajación oriental, el influjo de fuerzas cósmicas, el tarot, la ciencia ficción, principios filosóficos, etc., sin que ninguno de estos elementos comprometa realmente la vida concreta.

En esta línea, la novela de Brown prescinde de la fe cristiana, y aún más denuncia el cristianismo como un fraude, ignorando sus innegables aportes al desarrollo de la humanidad, y muestra vagas nostalgias por las religiones paganas que fueron desapareciendo con su advenimiento. Lamenta la desaparición del culto a una poco definida "divinidad femenina"³⁰ y describe con añoranza ritos de fertilidad cósmicos³¹. Pero toda la religiosidad del autor se queda en vaguedades que no comprometen la existencia concreta del hombre.

El ecologismo y el culto a la naturaleza

Otra tendencia definida de la cultura actual es el ecologismo, que no se refiere solamente al aprecio y defensa de la naturaleza, sino que se ha vuelto un verdadero retorno al culto a la naturaleza, entendida como la divinidad, la Madre Tierra. Esta doctrina tiende a negar la diferencia de fondo entre la existencia humana y la no humana. El cosmos es considerado como animado por un espíritu único o guiado por una conciencia universal. Se pierde la noción de un Dios personal, realmente distinto y superior al mundo creado y se afirma la existencia de una fuerza divina impersonal que es todo y está en todo. Es un regreso al panteísmo naturalista.

Esta tendencia es muy clara en la novela de Brown. Todo lo que el autor dice a propósito de la divinidad femenina tiene alguna referencia al culto de la "Madre Tierra" presente en casi todas las antiguas religiones de carácter naturalistas, en las que la fecundidad de la naturaleza era percibida como un gran milagro, por lo que la naturaleza misma y sus fenómenos eran objeto de adoración.

12 Dan Brown, *El Código*, p. 291; cfr. 288.

13 Dan Brown, *El Código*, p.292.

14 Cfr. Dan Brown, *El Código*, p.290.

15 Dan Brown, *El Código*, p. 292.

16 Cuya existencia ni Constantino ni la Iglesia sospechaban que existían, pues fueron descubiertos sólo en el Siglo XX.

17 Dan Brown, *El Código*, pp. 291-292.

El feminismo

El Código Da Vinci es también una reivindicación feminista. Se acusa a la Iglesia y al judaísmo de haber presentado una imagen masculina de Dios, a expensas de los valores de lo femenino³². La figura de María Magdalena, que ocupa tanta parte en la novela, no tiene importancia en sí³³; su importancia reside en el hecho que, para el autor, ella encarna el símbolo de lo femenino³⁴. El peregrinaje a la tumba de la Magdalena esconde el deseo de volver a los valores femeninos, que para el autor se fueron perdiendo. “*El péndulo está en movimiento. Estamos empezando a captar los peligros de nuestra historia... y de nuestros caminos de destrucción. Estamos empezando a intuir la necesidad de restaurar los aspectos femeninos de la divinidad*”³⁵.

El rechazo de las mediaciones en las relaciones con Dios

Una característica propia de la cultura actual es la tendencia a refugiarse en una religiosidad individual y personalista. La religión se ha vuelto una cuestión de preferencia subjetiva –lo que a mí me sirve– sin ningún lazo esencial con la verdad. La relación con lo Divino se realiza en forma individual, sin interferencia de instituciones. Además todas las religiones y todos los caminos espirituales son iguales... En esta perspectiva ninguna institución que se presente como depositaria de la verdad en campo religioso tiene validez.

De aquí el alejamiento y el rechazo a la Iglesia, como medio para relacionarse con Dios, que se observa en la cultura actual.

El libro de Brown recoge fielmente esta tendencia a lo largo de toda la narración, y la expresa con una visión visceralmente negativa de la Iglesia, preocupada solamente del poder, y en particular de algún grupo eclesial (Opus Dei) del que, en realidad, conoce muy poco.

El interés por lo misterioso, lo oculto, lo esotérico

Conviene tener presente también otro ingrediente propio de la cultura actual: el gusto casi compulsivo por lo misterioso, la búsqueda de lo oculto y lo desconocido: siempre hay algo que se esconde, algo que no se quiere revelar... Este aspecto es muy bien explotado por el autor, al centrar toda la novela en una búsqueda policial de un “tesoro” misterioso, inalcanzable, escondido desde siglos a la mayoría de los hombres, algo que no se sabe claramente en qué consiste y que hay que descubrir descifrando mensajes, siguiendo pistas secretas, etc., y que no se deja nunca aferrar.

“*Es el misterio y la curiosidad lo que mueve a nuestras almas*”, afirma Marie Chauvel al final de la novela³⁶; “*A la gente le encanta la conspiración*”, reflexiona sabiamente Pamela Gettum, la bibliotecaria del King’s College cuando se trata de investigar sobre el Grial³⁷.

Este elemento no es menor para explicar el éxito de la novela de Dan Brown.

Apéndice I: El Gnosticismo

Conviene decir una palabra más sobre el gnosticismo, pues es una tendencia filosófica –religiosa que está presente en muchos movimientos actuales de pensamiento. La Sociedad Teosófica, la Antroposofía, la Gran Fraternidad Universal, las Órdenes de los Rosacruces, La Iglesia Universal Triunfante, las corrientes de Metafísica, etc. tienen sus raíces en el antiguo movimiento gnóstico que ha sobrevivido.

El gnosticismo (del griego *gnosis*, que significa *conocimiento*) fue un movimiento cultural religioso muy difundido entre el siglo I y el IV d.C., y esparcido más allá del Imperio Romano, desde el actual Irak hasta Siria, Turquía, Palestina, Egipto, Roma, Francia, etc. No fue un movimiento homogéneo, ya que las corrientes del pensamiento gnóstico eran tan numerosas y diversas, que es imposible reducirlas a una única doctrina coherente.

En contacto con el cristianismo se originó un “gnosticismo cristiano”, que unía a los elementos de la doctrina cristiana elementos propios de la filosofía griega, doctrinas iranianas, elementos derivados del Antiguo Testamento, etc.

Más allá de la heterogeneidad de sus corrientes, el gnosticismo presenta algunos elementos comunes

El gnosticismo es fundamentalmente “dualista” en cuanto opone en forma irreducible dos mundos: por una parte está el mundo del espíritu, que es el mundo de la luz y el mundo de Dios; por otra, el mundo de la materia, que coincide con el mundo de las tinieblas y el mundo del mal (dualismo cosmológico). El mundo material no es obra de Dios, sino del “demiurgo”, un ser emanado de Dios, pero inferior a él, ser ignorante y arrogante, que creó el mundo material para poder asumir el rol de Dios. Varias corrientes gnósticas identifican este “demiurgo” con el Dios del Antiguo Testamento, distinguiéndolo del Dios del nuevo Testamento, quien sería el verdadero Dios.

El dualismo gnóstico se refleja también en la concepción del hombre, quien sería una “chispa” divina del Ser Supremo caída en un cuerpo material, como en una prisión, donde ha olvidado su origen divino.

Al tomar conciencia de su verdadera identidad, nace en el hombre el deseo de volver al lugar de donde cayó y, al mismo tiempo, la hostilidad hacia este mundo que constituye para él un exilio. La “vuelta” comienza con el conocimiento profundo de sí (la *gnosis*), que gradualmente lo hace volver a la unidad con el Ser Supremo.



Resurrección.

18 “Estos textos incluyen evangelios secretos, poemas y descripciones semifilosóficas sobre el origen del universo, mitos, magia e instrucciones para prácticas místicas.” Elaine Pagels, *I Vangeli Gnostici*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano 1981, p. 20.

19 Cfr. *Vangeli Gnostici*, p. 19.

20 Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 11, 9.

21 Cfr. *I Vangeli Gnostici*, p. 23.

22 *Vangeli Gnostici*, p. 23

23 Cfr. *Evangelio de Felipe*, II, 63,32 – 64,5; *Evangelio de María*, 17,18 – 18,15; etc. (Cfr. *Vangeli Gnostici*, p. 117)

24 Apócrifo viene del griego *apókryphos*, que quiere decir “oculto”. Se los denominó así porque, según sus autores, el público en general no podía entenderlos: eran sólo para un grupo restringido de personas. La Iglesia nunca ha pensado ocultar ni destruir estos evangelios, pues sus originales están en un museo abierto al público y sus copias y traducciones están disponibles en bibliotecas para todos los que quieran consultarlos.

25 Ya a comienzos del II siglo, Papías (130 d. C.), Obispo de Hierápolis, nombra expresamente los Evangelios de Mateo y Marcos (cfr. A. Wikenhauser,

Introduzione al Nuovo Testamento, Paideia, Brescia 1963, pp. 147-48; 164). El *Fragmento Muratori*, escrito alrededor del 150 d.C., contiene el catálogo más antiguo de los libros del Nuevo Testamento, y aunque se haya perdido el comienzo del fragmento, establece claramente sólo cuatro Evangelios aceptados por la Iglesia, y nombra expresamente a Lucas y a Juan (cfr. *Introduzione*, p. 40). San Ireneo, a finales del siglo II, reafirma que los Evangelios aceptados por la Iglesia son sólo los cuatro que hoy conocemos (cfr. *Adversus Haereses*, III, 1,1).

26 El Evangelio de Marcos, de acuerdo con todos los autores, es anterior a la destrucción de Jerusalén, acontecida en el 70 d.C. Los Evangelios de Mateo y de Lucas son del 70 – 80 d.C.; y el Evangelio de Juan es de alrededor del 100 d.C. Cfr. *Vangeli Gnostici*, pp. 62 - 69.

27 Cfr., por ej., Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*, XX, 9, 1.

28 La obra de Dan Brown es una expresión de la actual tendencia cultural de la “new age”.

29 Cfr. Dan Brown, *El Código*, pp. 319; 323-325; etc.

30 Cfr. Dan Brown, *El Código*, pp. 159; 386-

387; etc.

32 Cfr. Dan Brown, *El Código*, pp. 157-159.

33 ¿Qué interés en particular podría tener una mujer por su calidad de esposa de un profeta judío, muerto en una cruz?

34 Cfr. Dan Brown, *El Código*, p. 316; etc. “*No fue a Pedro a quien Jesús encomendó a la Iglesia. Fue a María Magdalena... Jesús fue el primer feminista. Pretendía que el futuro de la Iglesia estuviese en manos de María Magdalena.*” *El Código*, p. 308.

35 *El Código*, p. 545. Apreciamos el deseo que expresa el autor de un mundo más humano. Pero no es ciertamente el regreso al antiguo culto a la naturaleza el camino para alcanzar un mundo mejor. Los tiempos del paganismo fueron mucho más feroces e incivilizados que los actuales. Fue Cristo que vino a traer una visión más humana de nuestro mundo: el mandamiento del amor, como máximo mandamiento; la hermandad entre los hombres (“...vosotros sois todos hermanos...uno solo es vuestro Padre.” Mt. 23, 8-9), son parte central del mensaje cristiano que el autor no ha entendido.

36 Cfr. Dan Brown, *El Código*, p. 545.

37 Cfr. Dan Brown, *El Código*, p. 469.



Leonardo Da Vinci, detalle La Última Cena.



Leonardo Da Vinci, La Última Cena.

Algunas particularidades del pensamiento gnóstico

a. La visión pesimista del mundo

Los gnósticos, al identificar el mundo material con el mal, tienden a despreciar este mundo, con sus leyes, con sus instituciones. Las leyes de la naturaleza son fruto del demiurgo, quien a través de ellas domina el universo. Las instituciones civiles y políticas, con sus leyes, son también parte de este mundo que está bajo el dominio del demiurgo, por lo que son engañosas y malas. No es de extrañar que los gnósticos rechacen la Iglesia en cuanto institución, apelando a un régimen de libertad espiritual bajo la moción del Espíritu.

b. El elitismo sectario

El gnosticismo es fuertemente selectivo. No todos los hombres están destinados a salvarse. La humanidad está dividida en tres categorías: los pneumáticos (espirituales) que son los gnósticos; los psíquicos, que corresponden a la mayor parte de los cristianos... y los hílcos, o sea los materiales, dominados por la materia y en los que no hay nada de divino. Subrayemos que no existe ninguna posibilidad de pasar de un grupo a otro³⁸.

Los que se salvan son solamente los gnósticos, que poseen el conocimiento, y se reconocen a sí mismos como un grupo exiguo. Los gnósticos "se definían significativamente a sí mismos como los pocos en relación a los muchos que eran los cristianos ortodoxos"³⁹.

Esta concepción trae consigo como consecuencia que la salvación no es algo universal, ofrecida a todos los hombres, sino algo ofrecido a una elite muy reducida de personas, lo que convierte al gnosticismo en una secta para iniciados, cerrada a la gran mayoría. Además una doctrina de salvación concebida en estos términos excluye todo impulso misionero, elemento que en última análisis contribuyó a la desaparición del gnosticismo en los siglos IV - V.

c. El secretismo

Los escritos gnósticos no son para la divulgación, sino que están destinados a un pequeño grupo de iniciados, son "evangelios secretos". Así, por ejemplo, empieza el evangelio de Tomás: "Estas son las palabras secretas que Jesús el Viviente dijo y que Dídimo Judas Tomás ha escrito"⁴⁰. El Libro secreto de Juan comienza con el ofrecimiento de revelar "los misterios y las cosas escondidas en silencio" que Jesús enseñó a su discípulo Juan⁴¹. Muchos textos gnósticos afirman que presentan tradiciones acerca de Jesús que son secretas, escondidas a la mayoría⁴². Para los gnósticos, los cristianos ortodoxos poseían sólo las enseñanzas públicas de Jesús y de los Apóstoles, mientras que ellos poseían, además, enseñanzas secretas, conocidas sólo por pocas personas⁴³, ya que algunos discípulos, siguiendo las instrucciones de Cristo, mantuvieron secreta la enseñanza de Jesús y la transmitieron privadamente a personas que habían dado prueba de ser espiritualmente maduras y por lo tanto idóneas para el conocimiento secreto⁴⁴.

d. El subjetivismo y misticismo

Los gnósticos privilegiaban, como fuente de conocimiento y de revelación, el contacto personal con la Divinidad. La verdad no se aprende por el testimonio de otras personas, sino por visiones e iluminaciones directas y personales que vienen de Dios. Este contacto es más importante que cualquier testimonio indirecto o cualquier tradición⁴⁵. Por eso estaban convencidos que sus visiones alcanzaban en forma más plena, más espiritual y más profunda la verdad, que la que podían haber transmitido los Apóstoles⁴⁶.

Las antiguas tradiciones de los Apóstoles eran consideradas incompletas, o simplemente falsas, por lo que recurrían constantemente, para revisarlas y transformarlas, a su personal experiencia espiritual, a su gnosis⁴⁷.

Esto llevaba naturalmente a que cada corriente gnóstica tuviese su doctrina y su verdad, lo que dio origen a un universo de doctrinas imposibles de reducir a una mínima unidad, y al surgimiento de teorías extravagantes

de todo tipo, pues cada invención creativa era celebrada por los gnósticos como una prueba de haber alcanzado la madurez espiritual.

Junto con esto, los gnósticos tendían a la identificación personal con Dios. Mientras que para el cristianismo Dios es distinto del hombre, es el "absolutamente otro" con respecto al hombre, para muchas corrientes gnósticas el conocimiento de sí coincide con el conocimiento de Dios; el yo y lo divino son idénticos⁴⁸. Una vez que el gnóstico ha alcanzado la iluminación, "Jesús deja de ser su maestro espiritual: se han vuelto iguales, más todavía idénticos"⁴⁹. Por lo tanto, el gnóstico busca la verdad en sí mismo, pues el conocimiento de sí mismo coincide con el conocimiento de la naturaleza y del destino del hombre y, en último análisis, de la divinidad.

Apéndice II: Algunos errores de la novela

La novela de Dan Brown se presenta, a primera vista, como una narración histórica. Hemos visto en el n. 2 que se trata de un género literario que no es histórico y hemos demostrado que no se le puede atribuir un valor histórico.

Son numerosísimas las afirmaciones del libro que claramente están fuera del ámbito de la verdad, de manera que sería una tarea demasiado larga e inútil tomarlas en consideración una por una. De todas maneras, conviene señalar algunas al azar, para que el lector sepa leer con espíritu crítico:

- "Los primeros judíos creían que el sancta sanctorum en el templo de Salomón albergaba no sólo a Dios, sino a su poderosa equivalente femenina, la diosa Shekinah." (p. 384) El autor no conoce nada de lengua ni de tradiciones hebreas. La Shekinah es un término hebreo que significa literalmente la gloria, o sea la "manifestación" de Yahvéh. Los Judíos creían que en el templo de Jerusalén residía la "manifestación" de Yahvéh, que en sí mismo es trascendente, y no puede ser contenido en una construcción humana.

- "Los cristianos respetaban el sabbath de los judíos, el sábado, pero Constantino lo modificó para que coincidiera con el día de la veneración pagana al sol." (p. 289) Los cristianos empezaron a considerar como día festivo el Domingo, día siguiente al sábado en la semana judía, inmediatamente después de la resurrección de Cristo y no en tiempos de Constantino. El gobernador romano de Asia Menor, Plinio el Joven (62-114 d.C.) atestigüa esta costumbre ya a comienzo del II siglo (Ep. X, 96).

- "Esa era la razón de las cruzadas. Recopilar y destruir información (acerca de la descendencia de Cristo)" (p. 315) No existe ningún texto serio de Historia que interprete las cruzadas en el sentido del autor.

- "El matrimonio de Jesús con la Magdalena está documentado históricamente." (p. 304). Hay "incontables referencias a la unión de Jesús con la Magdalena, exploradas hasta la náusea por historiadores modernos." (p. 307) Si exceptuamos unas expresiones de los evangelios apócrifos, cuyo valor histórico sobre la figura de Jesús es prácticamente nulo, no se conocen documentos históricos (por eso Dan Brown no cita ninguno) que apoyen estas afirmaciones.

- Los templarios tenían como misión descubrir unos documentos secretos que se encontraban bajo el templo de Herodes (cfr. pp. 200-201). ¿En qué texto de historia el autor encontró esta interpretación de los templarios? Lo dejamos como desafío para lectores superdotados.

- "Para la elaboración del Nuevo Testamento se tuvieron en cuenta más de 80 evangelios." (p. 288) Nunca existieron tantos evangelios. Más allá de los evangelios gnósticos, de los que hablamos, no se sabe de dónde sacó el autor más evangelios.

- "...las copias de los rollos de Nag Hammadi y del Mar Muerto. Los primeros documentos del cristianismo" (p. 305). Los Rollos del Mar Muerto no son absolutamente documentos del cristianismo, como explicamos en el n. 2. ■

Visite Especial sobre el Código Da Vinci y El Evangelio de Judas en www.iglesiadesantiago.cl

38 Cfr. Pagels, p.8.

39 Pagels, p. 35.

40 Evangelio de Tomás, II, 32, 10 y s.; en Apócrifos del Nuevo Testamento, a cura di L. Moraldi, Torino 1971, vol. I, p. 483.

41 Apócrifo de Juan, II, 1, 2-3; en Testi gnostici a cura di L. Moraldi, Torino 1981.

42 Cfr. Pagels, p.21.

43 Cfr. Pagels, p. 57.

44 Cfr. Ibidem, p. 58.

45 Cfr. Ibidem, p. 69.

46 Cfr. Ibidem, p. 62 - 64.

47 Cfr. Ibidem, p. 66 - 67.

48 Cfr. Pagels, p. 23.

49 Pagels, p. 23.